Homenaje a Alejandro Casona

de Varios autores

M.ª Pilar Jódar Peinado

Actas del «Homenaje a Alejandro Casona (1903-1965)»

de
Varios autores

Edición
Fundación Universidad de Oviedo
Ediciones Nobel

Las *Actas del »Homenaje a Alejandro Casona (1903-1965)»* (Oviedo: Universidad, 2004), con motivo del Congreso Internacional en el centenario de su nacimiento, celebrado del 5 al 8 de noviembre de 2003 en la Universidad de Oviedo, se proponen revisar, y me atrevería a decir que, corregir la imagen del dramaturgo asturiano, admirado por el público y denostado por la crítica. Su teatro humanista, derivado de su buscada universalidad, fue mal interpretado por la crítica de su época, que quería encontrar los posicionamientos ideológicos de Casona, en uno de los momentos de agitación política de la historia de España.

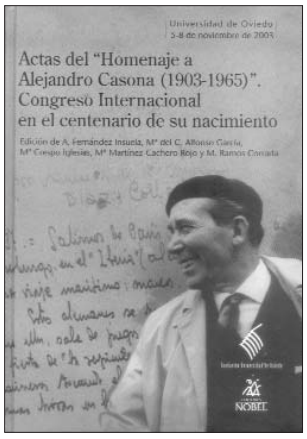
Se abre el libro con el ameno artículo «La trayectoria literaria de Alejandro Casona en su contexto», por el gran experto en el autor, José Rodríguez Richart, quien nos muestra la unión de vida y obra, su itinerario geográfico ligado a su desarrollo y culminación profesional, cuando llega a ser considerado el esperado impulsor del teatro español. Su amplia participación en las Misiones Pedagógicas, una obra de difusión cultural emprendida por la II República, le muestra como un autor totalmente comprometido con su época.

La utilización de evasionista como calificativo peyorativo, lleva a María del Carmen Bobes Naves a definir a ésta como una de las corrientes teatrales antirrealistas de principios del siglo XX (del mismo modo que el absurdo o el expresionismo), que persigue la confrontación con la realidad como un deber ético.

La actualización de géneros de larga tradición, como el teatro utópico, la farsa o la alta comedia, legitima a Alejandro Casona como renovador de la escena española del momento. Javier Huerta Calvo define su teatro como el intento constante de materializar una perseguida utopía, insertándose en la corriente de teatro utópico que cultivaron Ramón Gómez de la Serna, Federico García Lorca, Miguel Mihura y Antonio Buero Vallejo, entre otros; conectándolo, además, con Miguel de Cervantes en la unión de utopía y locura. María José Conde Guerri, en *Importancia de Alejandro Casona en la alta comedia en España,* explica la preferencia del dramaturgo hacia la tradición que procedía de Jacinto Benavente, ya que era el tipo de teatro de más manifiesta popularidad; género que reforma reteniendo el exceso melodramático mediante una estructura clásica, el humor, y el lenguaje poético, manteniendo, en cambio, de la alta comedia su interés por agradar al público y su didactismo.

Análisis pormenorizados de sus obras los ofrecen Juan María Díez Taboada en *El reto de Casona a los cien años,* donde actualiza, a través de una excelente e interesantísima interpretación, las cuatro obras más relevantes: *La sirena varada, Otra vez el diablo, La dama del alba* y *La barca sin pescador,* de las que destaca su pretensión por mantener el espíritu de la leyenda, que está en relación con su misión de pedagogo. La belleza poética del teatro de Alejandro Casona procede de esta base legendaria que provoca la deseada conexión con el público. *La casa de los siete balcones* es también objeto de análisis profundo por Gregorio Torres Nebrera.

Acertadamente, se incluyen estudios de otros ámbitos artísticos en los que se desenvolvió este asturiano universal (periodismo, cine y poesía), así como sus epistolarios, lo que contribuye a una adecuada interpretación de su producción teatral y a poner de manifiesto el intelectualismo y el compromiso de este artista total. Antonio Fernández Insuela *(Sobre política y periodismo en Alejandro Casona)* —además de establecer las contradicciones y los puntos de su vida por resolver—extrae de los artículos periodísticos las ideas de Casona acerca del proceso de escritura de sus obras y su concepción del arte en general, el cual, defiende, ha de ser social y, sobre todo, el teatro; del mismo modo, queda patente su sentido crítico frente al régimen dictatorial español y su compromiso con las ideas de la República. El



resto de los artículos sobre periodismo, ensayo y otro dedicado a su labor como prologuista inciden en estos aspectos. Su dedicación al cine, como medio de subsistencia durante el exilio, es tratado por M.ª Teresa García-Abad García. Alejandro Casona necesitó vivir de la adaptación cinematográfica de sus obras durante un cierto tiempo, a pesar de su odio a este medio artístico en el que la figura del autor quedaba relegada al último lugar en favor del director, el productor y los actores. En cuanto a los epistolarios, destaca el estudio realizado por Manuel Aznar Soler sobre la correspondencia cruzada con Adriá Gual y Margarita Xirgu, en el que se evidencia que Alejandro Casona es totalmente consciente del tipo de teatro en el que está trabajando, que no identifica ni con el realismo ni con el teatro poético que se estaba haciendo, fruto de la atención a unas convenciones literarias.

Los estudios sobre la recepción de la obra de Alejandro Casona nos aportan importantes datos para juzgar la incidencia de este autor en la sociedad y la cultura de su época. Artículos sobre su recepción en España, que justifican la dedicación al estudio de nuestro dramaturgo, los aportan María Francisca Vilches de Frutos, Juan Aguilera Sastre y Mariano de Paco. De su recepción en el extranjero tenemos un ilustrativo ejemplo en Urszula Aszyk, *Los árboles mueren de pie,* en los escenarios polacos. Igualmente, hay otros estudios de recepción en Italia, Cuba, Argentina y Centroamérica, donde se expone la gran aceptación de Alejandro Casona por parte del público y de la crítica, así como su participación en los diferentes panoramas intelectuales.

El pluralismo crítico que se deriva de la lectura de estas actas se revela como el mejor instrumento para una adecuada comprensión del dramaturgo y artista total que fue Alejandro Casona. ■

RODRÍGUEZ MÉNDEZ Y EL PREMIO MAX **[viene de la última página]**

casa de esa calle, una casa de escalones de madera astillada y crujiente y altos techos antiguos, José María Rodríguez Méndez ve pasar las horas y los días sentado en un viejo sillón con su hermosa gata acurrucada en el regazo. ¿Qué piensa José María en las largas tardes que van oscureciendo en su balcón? ¿Repasa su ya larga vida en que tanto ha dado y tan poco ha recibido? Podría hacerlo, tiene derecho.

Si nosotros la hemos repasado, ha sido precisamente para romper el silencio que su dignidad y su orgullo le imponen. El *Premio Max,* tan tardío y merecido, ha sido sin duda el aldabonazo que tanta falta hacía. No lo fue el *Premio Nacional de Literatura Dramática,* cuyo eco se desvaneció apenas se hizo público. Que no ocurra lo mismo con el Premio Max. Que su fogonazo, su luz repentina y fugaz sirva para que la memoria de la sociedad española se active, para que todos recordemos las obras que ha escrito, su vida dedicada al teatro no sólo como autor, sino también como actor, como farandul, como él mismo dijo en el escenario de Guadalajara al recibir el Premio. Que su obra ingente y su vida, tan entregada como frustrada, remuevan las conciencias de sus contemporáneos. ¿Cuántos de sus textos han sido estrenados en condiciones dignas?

Cuando este gran dramaturgo recibió el *Premio Nacional de Literatura Dramática* en 1994, ya tenía tras de sí una obra inmensa y desestimada. Ya entonces se daban las circunstancias actuales, ya entonces debió ser rescatado y no lo fue. Tengo la tristeza de recordar que, con motivo de aquel Premio, escribí en *Primer Acto* unas palabras que recuerdo a menudo con indignación: Me temo que, después de su premio, pasarán los días lo mismo que antes, lo mismo de oscuros y lejanos, y él seguirá siendo un pájaro solitario, como siempre ha sido. La ocasión del *Premio Nacional* se perdió, como entonces predije; ¿se perderá también esta?

¿Qué podemos hacer? ¿Dejar que el fatal destino que gravita como una maldición sobre nuestro país se cumpla una vez más? ¿Es inevitable que en España no se reconozca el mérito de los españoles? ¿Han dispuesto los hados que esa sea nuestra definitiva servidumbre? ¿No hay remedio? ¿Somos así para siempre?

Alguien tendrá que responder a estas preguntas. La sociedad española, ante todo, pero muy especialmente quienes tienen a su cargo el destino de nuestra cultura. Todos los que decimos desarrollarla y promoverla mediante la producción de bienes culturales y, por encima de nosotros, aquellos en cuyas manos han puesto los ciudadanos los medios políticos y materiales para que la sociedad reciba las creaciones que languidecen en los cajones como tantas de las arriba citadas obras de Rodríguez Méndez, un autor fundamental de la segunda mitad del pasado siglo que está en todas las Historias de la Literatura Española y al que el público desconoce. ¿Será el efímero relumbrón de la gala de los *Premios Max* lo único que se haga para recuperarle? ¿Se reproducirá tras el Premio Max la indiferencia que siguió al *Premio Nacional?* ¿Quién asumirá esa responsabilidad histórica? ■